



INFORME ESTADO DE LA NACIÓN EN DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE 2018

Agricultura y sostenibilidad ambiental en Costa Rica

Investigadora:
Karen Chacón Araya

San José, 2018



Las cifras de las ponencias pueden no coincidir con las consignadas por el Informe Estado de la Nación 2018, debido a revisiones posteriores. En caso de encontrarse diferencia entre ambas fuentes, prevalecen las publicadas en el Informe.

Contenido

Resumen 3

Hallazgos relevantes 4

Pocos cultivos concentran uso del suelo agrícola 5

Prácticas agropecuarias ponen en riesgo al ambiente 9

Producción agropecuaria esta desvinculada de la dieta nacional 14

Bibliografía..... 17

Resumen

La agricultura sigue siendo una de las actividades económicas, sociales y culturales más relevantes en Costa Rica y a nivel internacional. Así, por ejemplo, en 2017 aportó un 5,2% al producto interno bruto nacional y brindó empleo a un 12,5% de la población ocupada. Pese a ello, son múltiples los desafíos que el sector agropecuario enfrenta. Entre otros, su sostenibilidad ambiental. El uso del suelo para la agricultura, es la segunda rama que más emisiones contaminantes genera en Costa Rica, y las prácticas de las fincas no son las más amigables en términos del ambiente. Entre 2010 y 2016 se utilizaron cerca de 65 millones de kilogramos de ingrediente activo de agroquímicos.

Paralelamente, está el desafío de fortalecer la institucionalidad pública que tiene a su cargo acompañar, capacitar y apoyar (técnica y financieramente) aquellos agricultores y agricultoras que cultivan y producen para el mercado local. En tanto, son estos quienes cubren una proporción importante, aunque cada vez menor, de granos básicos como el arroz, el frijol y maíz que forman parte de la dieta nacional.

Frente a estas y otras situaciones, se posiciona como un tema de agenda la necesidad de mejorar las oportunidades para que cada vez más personas opten por implementar la agricultura orgánica en sus producciones. En tal sentido, es necesario, entre otras cosas, mejorar los procesos de tramitología, crear incentivos para quienes tienen interés en potenciar sus actividades en esta línea, fortalecer a los entes que tienen a su cargo el fomento de esta tarea y, principalmente, hacer conciencia sobre la importancia de mejorar las prácticas productivas, tanto en términos de la gestión ambiental como en relación a la salud pública.

En tal sentido, esta ponencia realiza un breve análisis de las principales tendencias que caracterizaron al sector agropecuario en los últimos años. El estudio da énfasis a la evolución o cambios en términos de la producción, importaciones y exportaciones. Para ello, en algunos casos se presenta información de largo plazo (según la disponibilidad de datos), y en otros se estudian los cambios más recientes en relación al año 2017.

Palabras clave

Agricultura, seguridad alimentaria, granos básicos, productos de exportación, frutas frescas, productos agroindustriales, prácticas amigables, sostenibilidad ambiental, dieta nacional, disponibilidad de alimentos, acceso a los alimentos, canasta básica alimentaria, fincas agropecuarias, agroquímicos, agricultura orgánica, migraciones rurales.

Hallazgos relevantes

- ✓ En 2017 el área dedicada a las principales actividades agrícolas registró una reducción de un 4% en relación al año anterior.
- ✓ Del total de hectáreas sembradas (450.000) más de tres cuartas partes se orientó a la producción de cultivos agroindustriales y frutas frescas.
- ✓ Entre 2016 y 2017 los granos básicos (26,9%) y las hortalizas (11,7%) registraron la mayor reducción en términos de la producción.
- ✓ En los últimos cuatro años, la compra de arroz, frijol y maíz amarillo aumentó un 71,3%, 34,5% y 18,1%, respectivamente.
- ✓ El 86,4% de los productos agropecuarios que se exportaron en 2017 no sufrieron ninguna transformación. De estos el banano y la piña representaron el 76,6%.
- ✓ El sector agropecuario sigue siendo un eje fundamental para el desarrollo humano del país. En 2017 aportó un 5,2% al producto interno bruto y brindó empleo a un 12,5% de la población ocupada.
- ✓ Menos del 6% de las fincas agropecuarias en el país implementa sistemas agroforestales, y solo un 13,9% trata las aguas.
- ✓ En el período 2010-2016 se importaron más de 53 millones de kilogramos de ingrediente activo de plaguicidas y se utilizaron 65 millones.
- ✓ Según el VI Censo Nacional Agropecuario: Pérez Zeledón, San Ramón, Coto Brus, San Carlos y Buenos Aires figuran entre los diez cantones que más utilizan agroquímicos. Todos estos corresponden a localidades donde, en general, las fincas agropecuarias reportan una baja incorporación de prácticas amigables con el ambiente.
- ✓ En la última década, el área sembrada de productos orgánicos certificados no alcanzó el 3% de la superficie agrícola total. En 2017 este porcentaje fue de 1,7%.
- ✓ Entre 2016 y 2017 el área dedicada al cultivo de arroz, frijol y maíz pasó de 74.717 a 55.864 hectáreas.
- ✓ Según el estudio "*Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe*" la prevalencia de inseguridad alimentaria en Costa Rica es inferior al 5%.
- ✓ En los últimos veintidós años la proporción de hogares que no disponen de recursos suficientes para acceder a la canasta básica alimentaria ha aumentado. En términos absolutos, el número de hogares en esta condición pasó de 39.000 en 1995 a 99.034 en 2017.
- ✓ En 2017 Costa Rica se ubicó en la posición 36 entre 113 naciones evaluadas en el índice global de seguridad alimentaria.

Pocos cultivos concentran uso del suelo agrícola

En las últimas décadas el uso del suelo agrícola experimentó importantes transformaciones como resultado de un conjunto de políticas que, en parte impulsadas por el Estado, y en parte en respuesta a los cambios en el mercado nacional e internacional, llevaron a la especialización en rubros no tradicionales. Esta situación condujo a una concentración en el uso de la superficie orientada, en especial, a cultivos para la exportación. Aunque esta dinámica generó réditos importantes en términos económicos, al mismo tiempo ocasionó una serie de externalidades negativas sobre la sostenibilidad ambiental y la calidad de los alimentos. Ambas cosas comprometen no solo la gestión ambiental, sino también el desarrollo humano del país.

En 2017 el área dedicada a las principales actividades agrícolas registró una reducción de un 4% en relación al año anterior. Si bien este no es un hecho atípico en la última década (en 2015 ese valor fue de 5,5%), es importante en el tanto confirma que se mantiene la tendencia a la baja reportada desde los años setenta. Como se observa en el gráfico 1, del total de hectáreas sembradas (450.000) más de tres cuartas partes se orientó a la producción de cultivos agroindustriales y frutas frescas. Si se desagrega este dato por actividad productiva, el café, la palma aceitera y la caña de azúcar junto con el banano y la piña aglutinan cerca del 70% de la superficie agrícola total.

Gráfico 1. Área sembrada, según actividad agrícola. 2017 (hectáreas)

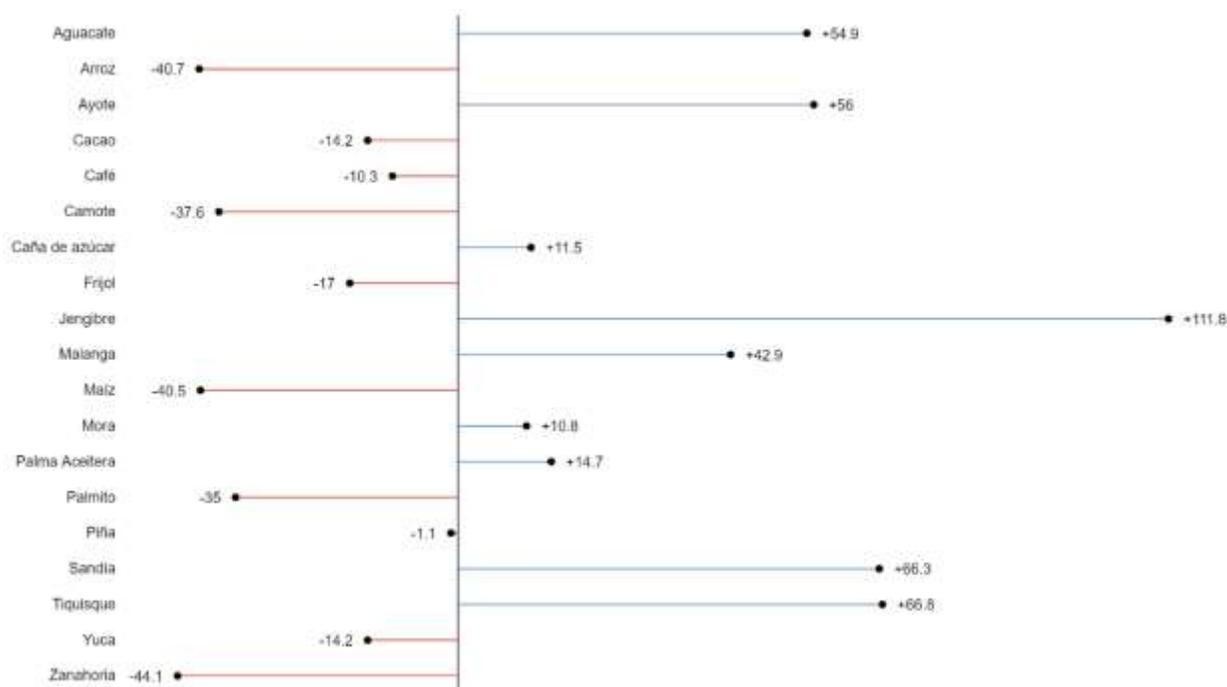


Fuente: Elaboración propia con datos de Sepsa-MAG, 2018.

Pese a lo anterior, la composición de la estructura productiva no varió sustancialmente en el año bajo estudio. El café sigue siendo el cultivo con mayor

área sembrada (84.133 hectáreas). No obstante, productos como la mora (10,8%), el tiquisque (8,5%) y el palmito (8,3%) exhibieron un aumento en la superficie sembrada. Por el contrario, el repollo (43,6%), la zanahoria (36,5%) y el arroz (30,4%) registraron las mayores contracciones (gráfico 2). Cabe señalar que entre 2014 y 2017 se reportó un aumento significativo en la extensión dedicada al cultivo de aguacate (63,7%). Esta dinámica coincide con la restricción impuesta por las autoridades costarricenses a la importación del aguacate tipo *hass* proveniente de México, situación que desencadenó en una disputa entre ambos países ante la Organización Mundial del Comercio, y que al cierre de edición de esta ponencia continuaba sin resolverse.

Gráfico 2. Variación porcentual del área sembrada de algunos productos agrícolas. 2012-2017



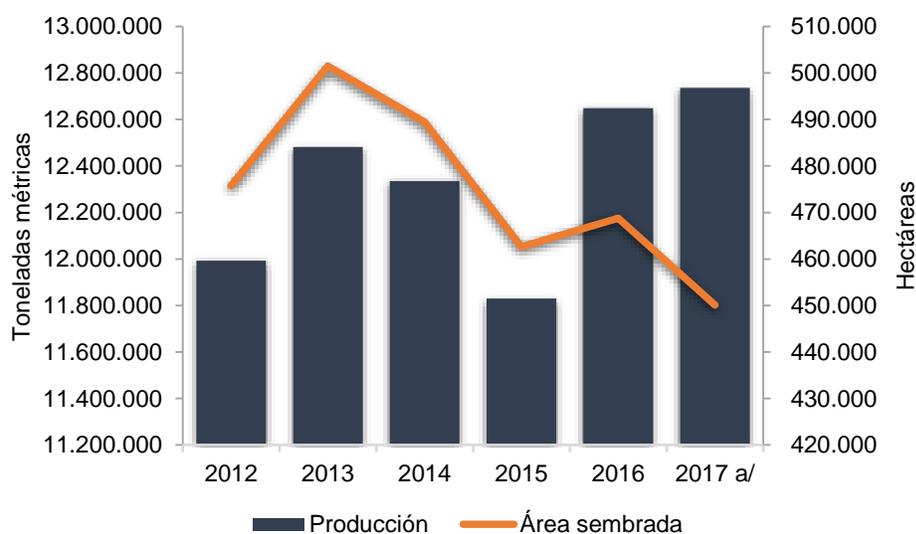
Fuente: Elaboración propia con datos de Sepsa-MAG, 2018.

Del lado de la producción tampoco hubo cambios significativos. Según Sepsa-MAG (2018), la caña de azúcar sigue siendo el cultivo dominante, seguido por la piña, el banano y la palma aceitera. En términos globales, las frutas frescas exhiben el mayor crecimiento al pasar de 5.199 millones de toneladas métricas en 2012 a 5.879 en 2017. Lo anterior resulta congruente con el auge que estos productos han experimentado en los últimos años, como consecuencia de un mayor y mejor posicionamiento en el mercado internacional, y a la combinación de un conjunto de factores (físicos, tecnológicos y económicos) que favorecen su desarrollo en el territorio nacional. Lo anterior en concordancia con el modelo económico vigente.

Por grupos, entre 2016 y 2017 los granos básicos (26,9%) y las hortalizas (11,7%) registraron la mayor reducción. Este es un aspecto sobre el que vale la pena poner atención, si se tiene en cuenta, como se verá más adelante, que estos productos tienen un peso significativo –fundamentalmente los primeros– en la dieta nacional y que son de consumo de una proporción importante de la población. En relación a los granos básicos, cabe señalar que paralelamente a su menor producción se registra un aumento en las importaciones. En los últimos cuatro años, la compra de arroz, frijol y maíz amarillo aumentó un 71,3%, 34,5% y 18,1%, respectivamente. A lo anterior se suma que, en el mismo período, la producción nacional de semilla certificada de estos tres cultivos se redujo un 18,7%. Pese a que la cantidad de semilla que se produce en el país de maíz es baja (27 toneladas métricas en 2014), llama la atención que, según los registros de Sepsa-MAG, en 2017 este valor fue de 0. Es decir, todo el maíz que se sembró se hizo a partir de semilla importada. Esto es relevante porque exhibe un alto nivel de dependencia de proveedores externos, lo cual ante una eventual crisis alimentaria o de otro tipo pondría en riesgo su abastecimiento a nivel local.

En suma, como se observa en el gráfico 3 pese a que el área sembrada de los principales cultivos agrícolas ha experimentado una reducción, la producción ha aumentado significativamente: 6,2% entre 2012 y 2017. Los elementos que explican esta dinámica deben estudiarse con más cuidado. Preliminarmente, se pueden señalar los avances e implementación de nuevos paquetes tecnológicos (no siempre amigables con el ambiente), mayor capacitación y asesoramiento por parte de las y los agricultores, y, en menor medida, mejores prácticas (aunque como se verá más adelante no es la tónica en el país).

Gráfico 3. Evolución del área sembrada y la producción agrícola. 2012-2017



Fuente: Elaboración propia con datos de Sepsa-MAG, 2018.

Del lado de las exportaciones, cabe mencionar que, si bien se han venido realizando esfuerzos importantes por transformar los cultivos en productos industrializados para su comercialización, es decir, por otorgarles un valor agregado, de forma que sean más “atractivos” y competitivos en los mercados internacionales, el país sigue siendo –mayoritariamente- un proveedor de materias primas. Así, por ejemplo, en 2017 el 86,4% de los productos agropecuarios que se exportaron fueron sin ningún tratamiento. De los cuales el banano y la piña representaron el 76,6%. Entre los productos que, si fueron transformados, sobresalen por su participación el azúcar (23,1%) y las frutas tropicales en conserva (17,3%).

Por último, el sector agropecuario sigue siendo un eje fundamental para el desarrollo humano del país. En 2017 aportó un 5,2% al producto interno bruto y brindó empleo a un 12,5% de la población ocupada (2.051.237). Ubicándose como la segunda actividad económica que más empleo genera en el país, solo por debajo del comercio y la reparación de vehículos. Además, el número de personas que labora en este sector pasó de 229.902 en 2014 a 256.423 en 2017. Lo que equivale a un crecimiento superior al 10% en cuatro años.

En este contexto, se ha señalado –reiteradamente- como un desafío en este campo el relevo generacional. Es decir, la garantía de contar con el reemplazo suficiente en un determinado período de tiempo para las personas adultas mayores que se dedican a esta tarea. Según el VI Censo Nacional Agropecuario, que realizó el INEC en 2014, en promedio la edad de las personas que trabajan en el sector agropecuario ronda los 54 años (INEC, 2015). A lo anterior se suma que siguen aumentando los flujos de migración rural (recuadro 1). En las regiones en desarrollo con tasas de urbanización elevadas, la migración rural en todas sus formas representa al menos el 50% de todos los movimientos internos (FAO, 2018).

De acuerdo con Barboza (2017) “esta situación acarrea múltiples problemas. En primer lugar, la pérdida de capital humano representa una amenaza a la capacidad de los territorios rurales de articular dinámicas sostenibles en torno al fomento productivo y el desarrollo local. En segundo lugar, si se analiza el tipo de estrategias de extensión y transferencia agropecuaria ejecutadas en las últimas administraciones en relación con la escasa disponibilidad de personal capacitado en las organizaciones productivas rurales, existe una brecha de adecuación entre las demandas de conocimiento y el tipo de respuesta institucional que se brinda”.

Recuadro 1. Las migraciones rurales como una oportunidad para el desarrollo de la agricultura

En 2018 la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO por su sigla en inglés), publicó el informe *Estado mundial de la agricultura y la alimentación*. En esta ocasión el foco del estudio se centró en la relación entre la migración, la agricultura y el desarrollo rural. Según este informe “la migración rural está estrechamente vinculada no solo con la agricultura y el desarrollo rural, sino también con el desarrollo general de las sociedades” (FAO, 2018). Por tanto, es preciso comprender en que consiste este fenómeno, pero también cuáles son las oportunidades y retos que conlleva tanto a nivel nacional como internacional.

Con este enfoque como punto de partida, el documento hace énfasis en la importancia que tienen los flujos migratorios en la transformación de las economías. En tal sentido, apunta “Por un lado, las transformaciones que llevaban de una economía basada en la agricultura a una basada en la industria y los servicios han dado lugar a una migración a gran escala del medio rural al urbano, incluso a través de las fronteras. Según los datos comprobados sobre el origen de los migrantes en un conjunto de países, una proporción importante de los migrantes internacionales proviene de zonas rurales. Por otro lado, como parte de este proceso, las zonas rurales también se han convertido en lugares de destino para muchos migrantes internacionales –a menudo en países de ingresos altos, pero no solamente en ellos– que necesitan migrantes para satisfacer la demanda de mano de obra en la agricultura” (FAO, 2018).

De acuerdo con la FAO (2018) en las regiones en desarrollo con tasas de urbanización elevadas, la migración rural en todas sus formas representa al menos el 50% de todos los movimientos internos. En el África subsahariana, la proporción es de más del 75%.

Fuente: FAO, 2018.

En cuanto al aporte del sector agropecuario a la economía, en el año bajo estudio fue cerca de 1.700 millones de colones (BCCR, 2017). En términos relativos, la contribución de esta actividad a la economía ha rondando entre un 4% y un 11% en los últimos cuatro años. En 2017 el banano y la piña fueron los cultivos con mayor participación en este rubro: 22,3% y 18,9%, respectivamente. Por el contrario, los productos que menos aportaron fueron: la sandía, el frijol, el maíz y otros cereales, legumbres y semillas oleaginosas.

Pese a lo positivo de estos indicadores, como se ha señalado en ediciones anteriores del *Informe Estado de la Nación*, la compleja institucionalidad, así como la fragmentación y falta de coordinación que impera en el ámbito de las políticas de fomento productivo (PEN, 2014), limita la articulación de dinámicas que, al mismo tiempo que aumente su participación en la economía nacional, reduzca las brechas socioeconómicas, y de paso a prácticas más sostenibles con el ambiente.

Prácticas agropecuarias ponen en riesgo al ambiente

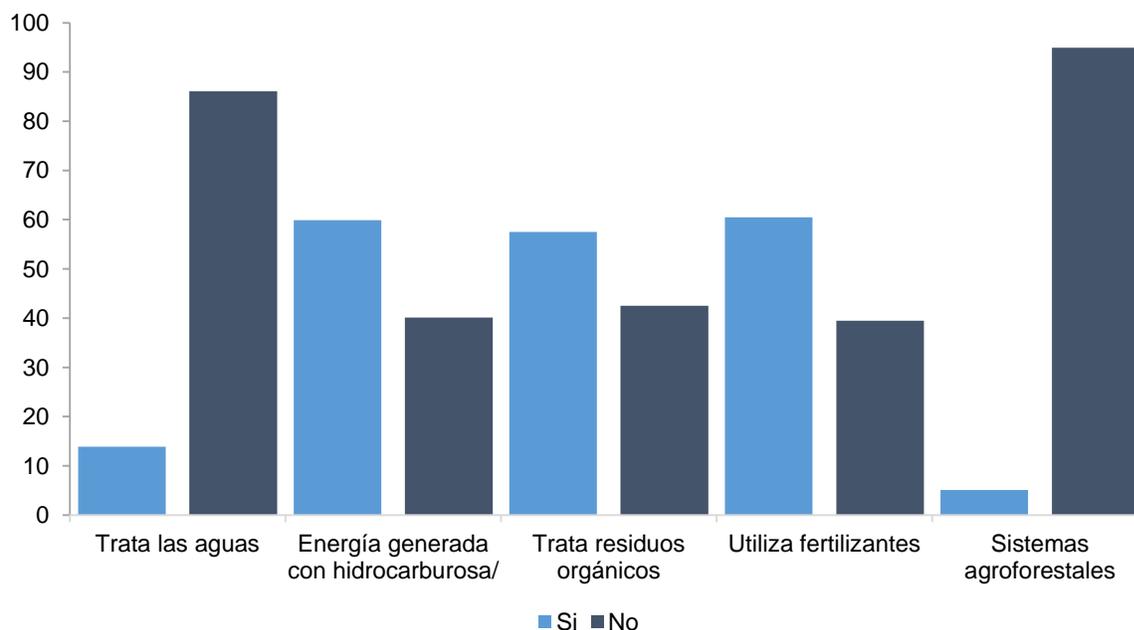
El sector agropecuario es clave tanto para el desarrollo económico y social del país, como por su peso en la gestión del suelo. Si además se tiene en cuenta que, de acuerdo con distintos estudios y proyecciones, es uno de los más vulnerables a los efectos del cambio climático entonces es posible dibujar con mayor precisión la urgencia de introducir prácticas que al tiempo que posibiliten una mayor productividad, y más ingresos económicos, también contribuyan a reducir el impacto ambiental, así como la pobreza y la desigualdad (principalmente en los territorios rurales).

En este contexto, en los últimos años se han impulsado una serie de acciones, desde la institucionalidad pública, el sector privado y la sociedad civil, con el objetivo de lograr una mayor sostenibilidad ambiental. Algunas de esas acciones (Nama

Café, Nama Ganadería, entre otras) han sido ampliamente reseñadas en anteriores ediciones del capítulo Armonía con la Naturaleza *del Informe Estado de la Nación*. Sin embargo, en su mayoría estas han sido iniciativas focalizadas, es decir, dirigidas a un ámbito y temática específica. Lo que por sí solas las vuelve insuficientes. En tal sentido, es preciso –entre otras cosas- generar política pública que aborde de forma integral estos y otros aspectos.

Si bien Costa Rica ha liderado múltiples proyectos que le han posicionado a nivel internacional como una nación ambientalmente responsable, principalmente en lo que se conoce como la “agenda verde”, según la información recabada por el VI Censo Nacional Agropecuario, en 2014, las fincas agropecuarias no son precisamente un modelo en este sentido. Así, por ejemplo, menos del 6% implementa sistemas agroforestales, solo un 13,9% trata las aguas y no llega a la mitad el número que utiliza energía generada a partir de fuentes distintas a los hidrocarburos (gráfico 4). No obstante, debe señalarse que un alto porcentaje de la electricidad que se utiliza en el país proviene de fuentes limpias.

Gráfico 4. **Presencia de prácticas sostenibles en las fincas agropecuarias. 2014** (porcentaje)



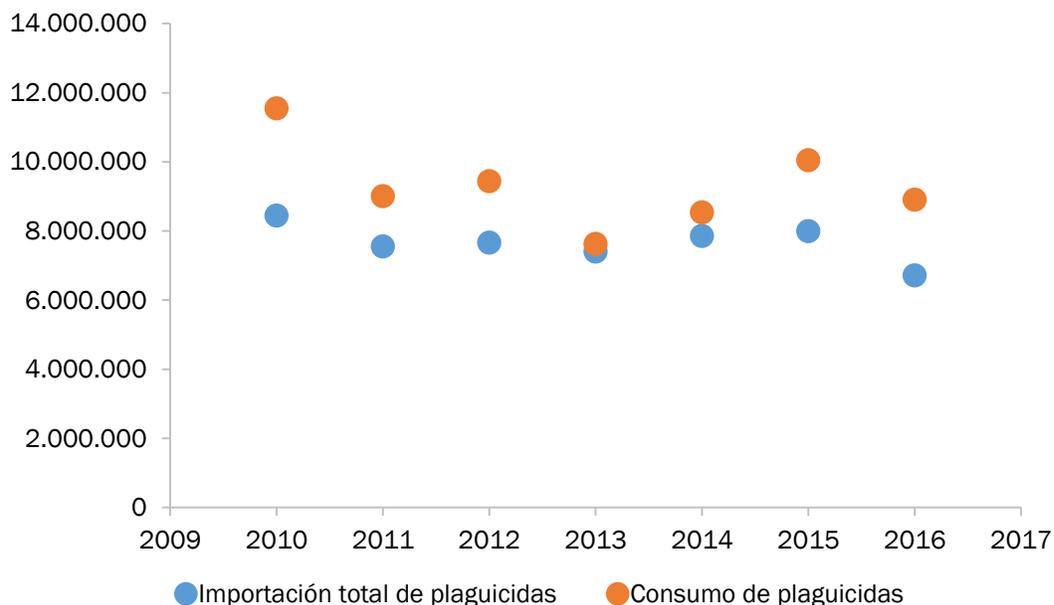
a/ Generada a partir de hidrocarburos.

Fuente: Elaboración propia con datos del INEC, 2015.

Lo anterior se combina con el alto uso de agroquímicos. Entre 2010 y 2016 se importaron más de 53 millones de kilogramos de ingrediente activo de plaguicidas (gráfico 5). En ese mismo período, se utilizaron 65 millones (esta cifra contempla lo que se formula en el territorio nacional y lo que se exporta, SFE-MAG, 2018). Aunque el consumo registra una reducción en ese tiempo, lo cierto es que según entes nacionales como el Instituto Regional de Estudios en Sustancias Tóxicas de la

Universidad Nacional (IRET-UNA) e internacionales como el World Resources Institute, en 2011 Costa Rica se ubicó como el mayor usuario mundial de estas sustancias.

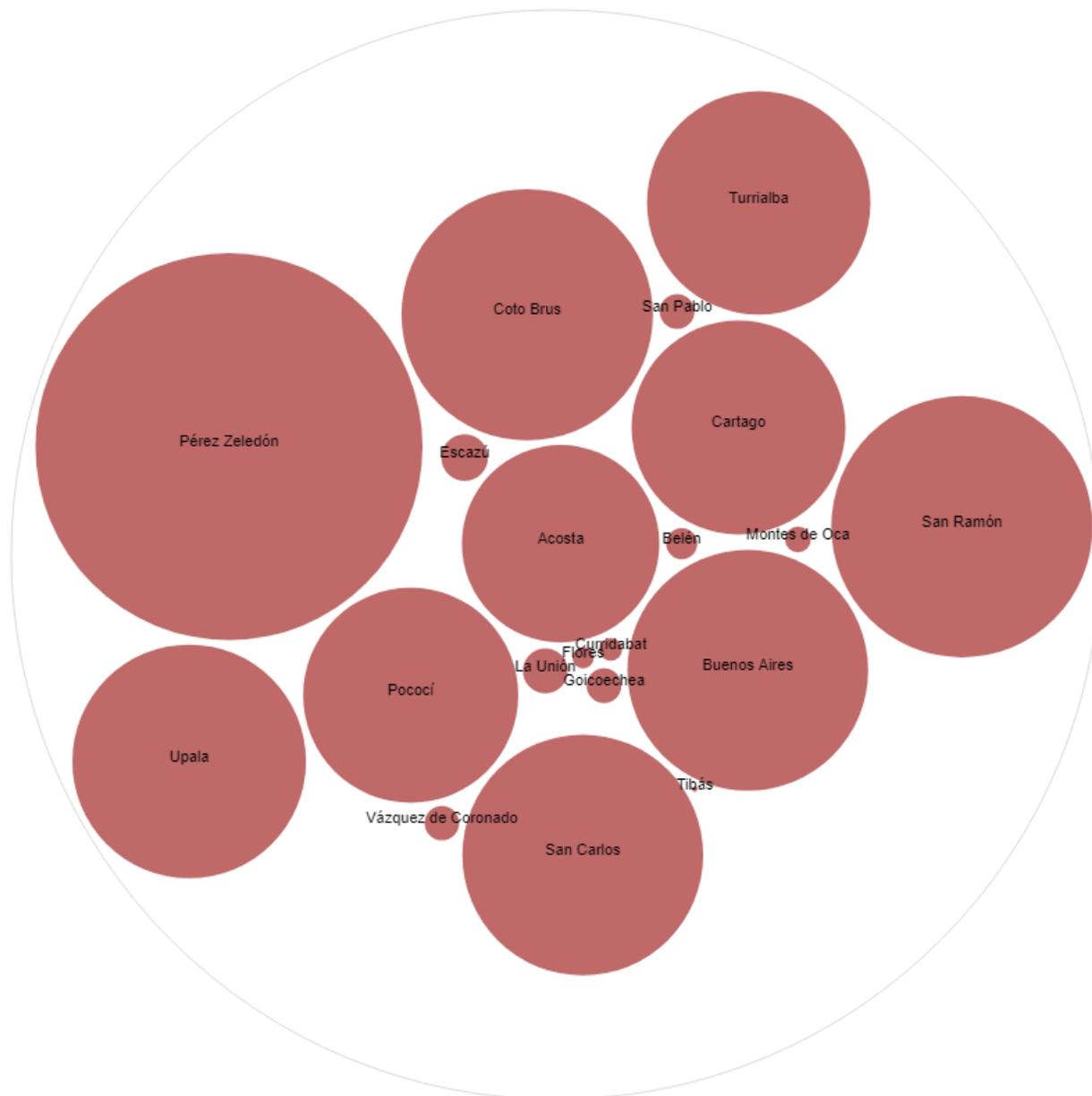
Gráfico 5. Importación y consumo de agroquímicos. 2010-2016



Fuente: Elaboración propia con datos de SFE-MAG, 2017.

Si se desagregan estos datos, se observa que Pérez Zeledón, San Ramón, Coto Brus, San Carlos y Buenos Aires figuran entre los diez cantones que más utilizan agroquímicos (INEC, 2015). Todos estos corresponden a localidades donde, en general, las fincas agropecuarias reportan una baja incorporación de prácticas amigables con el ambiente, según el índice de prácticas ambientalmente sostenibles elaborado por el Programa Estado de la Nación en 2015. Por el contrario, Tibás, Flores, Curridabat, Montes de Oca y Belén (gráfico 6) registran los consumos más bajos de estos insumos. Al respecto, es importante mencionar que estos cantones también figuran entre los que dedican menos porcentaje de su superficie a actividades agropecuarias. Cabe destacar que los primeros junto con Turrialba, Alajuela, Sarapiquí, Pococí y Jiménez conforman el grupo que sobresale por el mayor empleo de agroquímicos orgánicos. No es posible saber si esta dinámica ha venido ganando peso en los últimos años, pues no se dispone de información para evaluar su evolución en el tiempo.

Gráfico 6. Cantones que más utilizaron agroquímicos. 2014

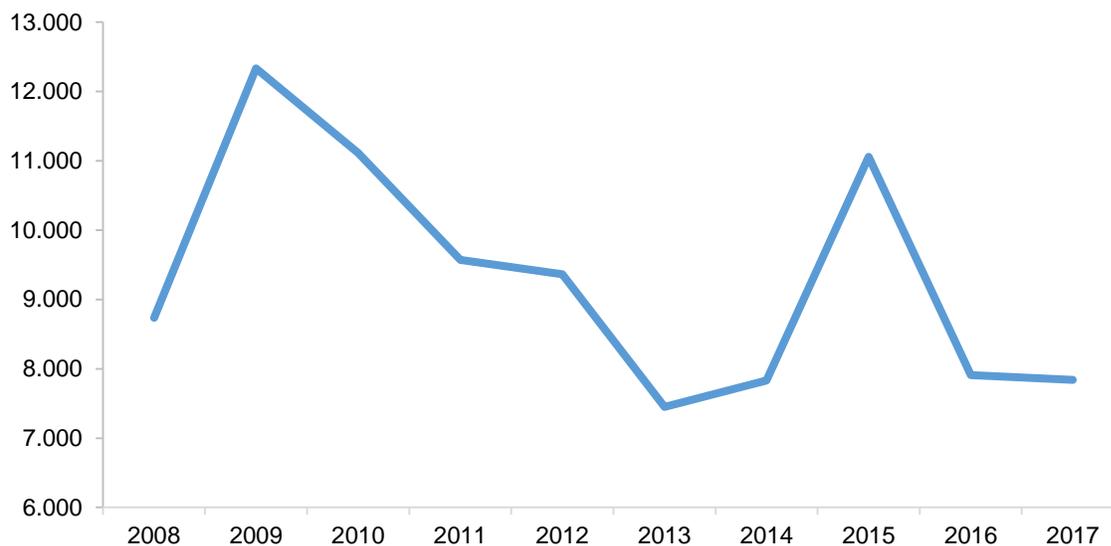


Fuente: Elaboración propia con datos de INEC, 2015.

El bajo desarrollo de prácticas que contribuyan a reducir el impacto de las actividades agropecuarias sobre el patrimonio natural, se combina con el poco impulso que ha tenido la agricultura orgánica certificada. En la última década, el área sembrada de productos cultivados bajo este sistema no alcanzó el 3% de la superficie agrícola total. En 2017 este porcentaje fue de 1,7% (Sepsa-MAG, 2018). Como se observa en el gráfico 7 después de haber alcanzado su punto máximo en

2009, la tendencia fue a la baja hasta 2014, experimentando un nuevo impulso en 2015. Sin embargo, posteriormente se reportó un descenso, y en los dos últimos años se estabilizó en poco menos de 8.000 hectáreas.

Gráfico 7. Área sembrada de productos orgánicos certificados. 2008-2017 (hectáreas)



Fuente: Elaboración propia con datos de Sepsa-MAG, 2018.

No es posible precisar las causas que explican esta dinámica. No obstante, según los expertos, entre las razones que dificultan avances significativos en este campo están: los altos precios bajo los que se comercializan estos productos en el mercado nacional, los elevados costos que implica para los agricultores (especialmente para los pequeños y medianos) certificarse, los obstáculos burocráticos y el débil papel del Ministerio de Agricultura y Ganadería para impulsar y fortalecer el sector (E: Pacheco, 2018).

Es importante mencionar que, aunque la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO por su sigla en inglés), ha reconocido la relevancia de la agricultura orgánica como herramienta para el desarrollo rural sostenible y la reducción de la pobreza, la transición hacia este tipo de sistemas a nivel internacional se da a un ritmo muy lento. En Suiza representa un 18,3% del área total dedicada a la Agricultura. En España este valor es de 8,5% (EuroStat, 2018). Entre los aspectos que limitan este cambio, según la FAO, están: i) la falta de recursos económicos, técnicos y humanos; ii) la poca organización por parte de las empresas y grupos de agricultores; iii) el alto endeudamiento de algunos de los campesinos y agricultores; iv) la intoxicación y erosión de los suelos y la v) ausencia de política pública en este campo.

Como consecuencia de lo anterior, está en riesgo no solo el ambiente sino también la disponibilidad y calidad de los alimentos para la población y para el

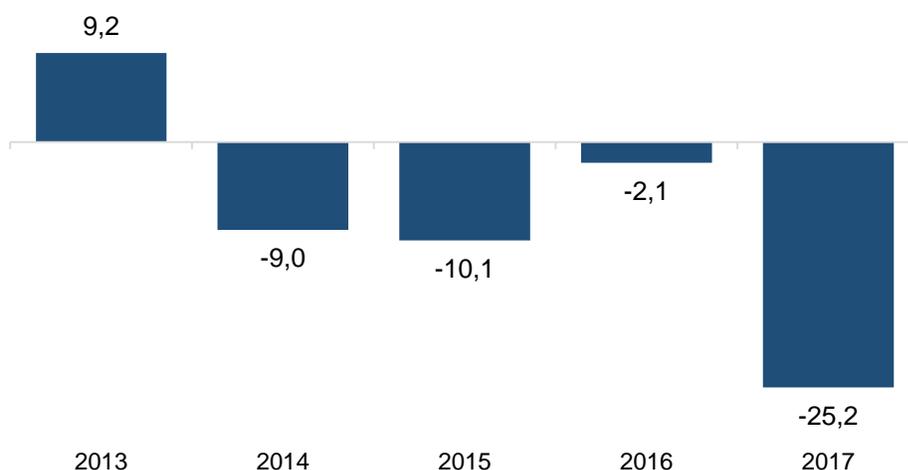
desarrollo de algunas de las actividades económicas que tienen como materia prima estos insumos.

Producción agropecuaria esta desvinculada de la dieta nacional

La alta concentración de tierra en pocos cultivos no solo tiene efectos sobre la sostenibilidad ambiental, sino también en términos de la seguridad alimentaria y nutricional de la población. Si bien Costa Rica no enfrenta problemas en cuanto a la disponibilidad de alimentos, algunos de estos rubros dependen en gran medida de las importaciones. Lo que le hace altamente vulnerable ante escenarios de crisis alimentarias o económicas, alzas en los precios de los comestibles o variaciones en la producción como resultado de fenómenos climáticos.

En contraste con el elevado consumo de granos básicos que se da en el país, las estadísticas evidencian que desde hace varios años la producción de arroz, frijol y maíz reporta mermas significativas. En el período más reciente estas reducciones rondaron en promedio un 8%, alcanzando su punto máximo en 2017 al superar con creces este porcentaje (gráfico 8). Entre 2016 y 2017 el área dedicada a estos cultivos pasó de 74.717 a 55.864 hectáreas. Paralelamente, la superficie sembrada de hortalizas también se redujo.

Gráfico 8. Tasa de crecimiento del área sembrada de granos básicos^{a/}. 2013-2017 (porcentaje)



a/ Incluye arroz, frijol y maíz.

Fuente: Elaboración propia con datos de Sepsa-MAG, 2018.

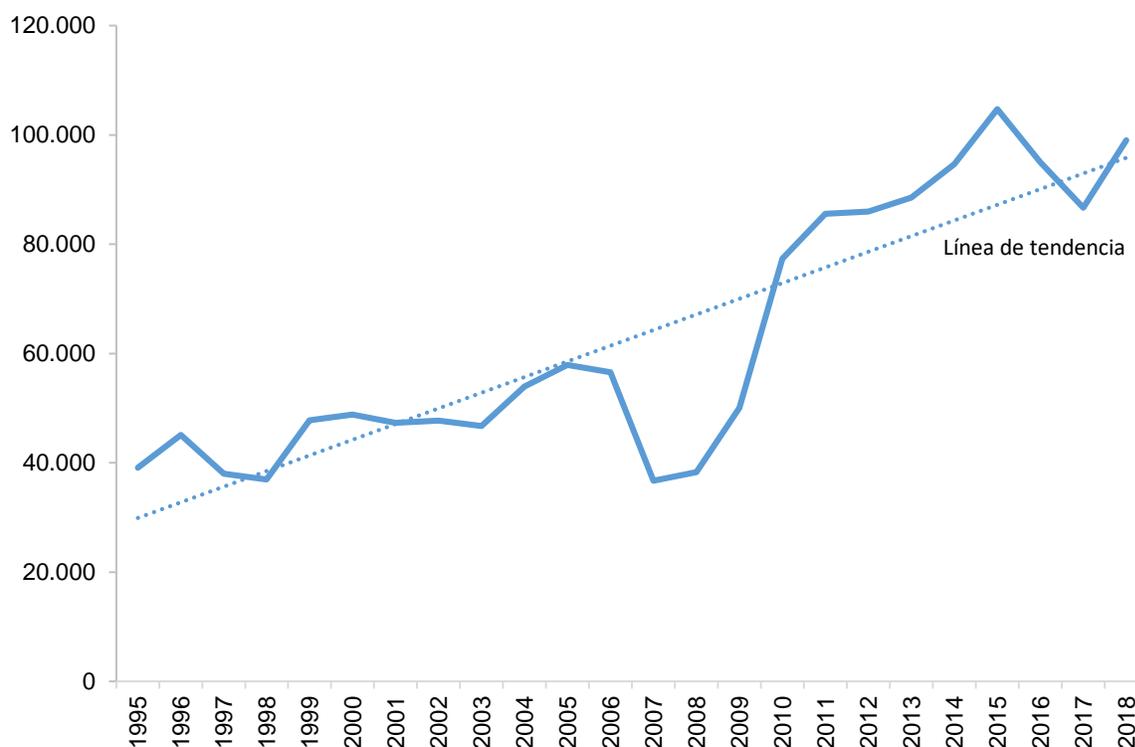
Estas variaciones también fueron patentes, aunque de forma inversa, en las importaciones. El 27,4% del total de las importaciones de los principales productos agrícolas correspondieron a estos mismos rubros. Si además se suman el trigo y la soja esta cifra aumenta a más de la tercera parte.

La situación descrita, entre otras cosas, condiciona la dependencia que tiene el país de estas transacciones para cubrir algunos de los alimentos que conforman

la canasta básica alimentaria, así como la oferta calórica doméstica y de micronutrientes. Según el estudio “*Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe*” la prevalencia de inseguridad alimentaria en Costa Rica es inferior al 5% (FAO y OPS, 2017). Sin embargo, es el país de la región centroamericana con el mayor grado de dependencia de las importaciones de maíz (blanco y amarillo) debido a su baja producción local (Cepal, 2017).

Si bien históricamente el país ha registrado niveles de subalimentación muy por debajo de la mayor parte de los países de la región latinoamericana (5,2%), en los últimos veintidós años la proporción de hogares que no disponen de recursos suficientes para acceder a la canasta básica alimentaria ha aumentado. En términos absolutos, el número de hogares en esta condición pasó de 39.000 en 1995 a 99.034 en 2018 (gráfico 9, INEC, 2018). Lo que equivale a un crecimiento de 153%. Al respecto es oportuno recordar que los hogares más pobres (20% del total) son los que destinan una mayor parte de sus ingresos a la compra de alimentos.

Gráfico 9. Hogares sin ingresos suficientes para acceder a la canasta básica de alimentos



Fuente: Elaboración propia con datos de las EHPM y las Enaho, del INEC.

Costa Rica no cuenta con datos o un sistema de información que permita conocer con exactitud cuál es su estado en materia de seguridad alimentaria y nutricional. Es decir, no es posible, precisar cuántas personas se encuentran bajo una situación de inseguridad alimentaria, tampoco los factores que condicionan o

determinan dicho estado. Algunos indicadores internacionales dan indicios sobre algunas de las áreas en las que se presentan desafíos en este campo. Por ejemplo, el índice global de seguridad alimentaria, publicado por la Unidad de Inteligencia de *The Economist*, identificó entre los principales retos del país en esta materia la alta dependencia de la importación de alimentos, la disponibilidad de micronutrientes y la capacidad de adaptación ante la variabilidad y el cambio climáticos (recuadro 2). Lo anterior no solo evidencia la necesidad de orientar esfuerzos a garantizar el acceso a los alimentos tanto en la cantidad como la calidad adecuada, sino también acelerar y ampliar las acciones para no comprometer el logro de la meta 2 de la Agenda 2030 (FAO y OPS, 2017).

Recuadro 2. **Costa Rica avanza poco en seguridad alimentaria**

Desde el año 2012, *The Economist*, a partir del índice global de seguridad alimentaria (GFSI por su sigla en inglés), mide los impulsores de la seguridad alimentaria en un conjunto de países a nivel internacional. Para ello se basa en tres grandes componentes. El primero se denomina “Acceso a los alimentos” y se relaciona con la capacidad de las personas de pagar por alimentos de calidad. El segundo componente “Disponibilidad de los alimentos” evalúa los factores que influyen en el suministro, así como los aspectos estructurales que determinan la capacidad de un país para producir y distribuir alimentos. El tercero “Calidad e inocuidad de los alimentos” explora la capacidad nutricional de las dietas promedio y el entorno de seguridad alimentaria en el territorio. El GFSI asigna puntajes al desempeño de cada país en las áreas mencionadas arriba, las cuales a la vez se desagregan en diecinueve indicadores.

En 2017 Costa Rica se ubicó en la posición 36 entre 113 naciones evaluadas. En términos generales, el país obtuvo un puntaje de 70 en una escala de 0 a 100 (*The Economist*, 2018). Sin embargo, si se analizan los resultados de forma desagregada se observa que, del total de ejes valorados, únicamente en uno (presencia de programas sobre seguridad alimentaria) mostró avances. Por el contrario, en siete de los diecinueve se registró retrocesos. La principal desmejora se dio en materia de acceso a los alimentos, específicamente en cuanto a la proporción que representa el consumo de alimentos del gasto total de los hogares. Costa Rica también decayó en aquellos aspectos relacionados con la capacidad de absorción urbana y la pérdida de alimentos.

En esta edición el índice valoró una nueva categoría llamada “Recursos naturales y resiliencia”. Este componente evalúa la exposición de un país a los impactos de un clima cambiante, su susceptibilidad y adaptación a los riesgos de los recursos naturales (*The Economist*, 2018). En esta materia los problemas se relacionan con la alta dependencia de la importación de alimentos, la severidad de las tormentas que ocurren en el territorio nacional y la protección de las áreas marinas. Cabe mencionar que estos temas han sido señalados de forma reiterada por este capítulo como retos que tiene Costa Rica de cara, por un lado, a garantizar la seguridad alimentaria y nutricional de su población, y por otro, a desarrollar una adecuada gestión de su patrimonio natural.

Fuente: Elaboración propia con datos de *The Economist*, 2018.

Bibliografía

- Barboza, L. 2017. Relevo generacional en la agricultura, en *La Nación*. 9 de octubre.
- BCCR. 2017. Indicadores macroeconómicos. Sitio oficial, en <https://www.bccr.fi.cr/SitePages/default.aspx>.
- Cepal. 2017. “Seguridad alimentaria y nutricional en Centroamérica y la República Dominicana: explorando los retos con una perspectiva sistémica”. En: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/42588-seguridad-alimentaria-nutricional-centroamerica-la-republica-dominicana>.
- EUROSTAT. 2018. Sitio oficial, en <https://ec.europa.eu/eurostat/cache/digpub/keyfigures/>.
- FAO y OPS. 2017. “Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe”. En: <http://www.fao.org/3/a-i7914s.pdf>.
- FAO. 2018. “El estado mundial de la agricultura y la alimentación. Migración, agricultura y desarrollo rural”. En: <http://www.fao.org/3/I9549ES/i9549es.pdf>.
- INEC. 2015. *VI Censo nacional agropecuario: resultados generales*. San José: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- INEC. 2018. Sitio oficial, en <http://www.inec.go.cr/>.
- PEN. 2014. *Vigésimo Informe Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible*. San José: Programa Estado de la Nación.
- Sepssa-MAG. 2018. *Estadísticas sobre el área y la producción de las principales actividades agrícolas, 2014-2017*. San José: Secretaría Ejecutiva de Planificación Sectorial Agropecuaria, Ministerio de Agricultura y Ganadería.
- The Economist. 2018. “Global Food Security Index”. En: <https://foodsecurityindex.eiu.com/>.

Entrevistas y comunicaciones personales

- Pacheco, F. 2018. Director, Centro Nacional Especializado Agricultura Orgánica, INA.